

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.

Un mes..... 1 pesetas.

Tres meses... 2,50 »

Seis meses... 5 »

Un año..... 9 »

Número atrasado. 50 céntos.

Número suelto... 15 »

EXTRANJERO.

Un trimestre... 5 pesetas

Un semestre... 9 »

Un año..... 15 »

ULTRAMAR.

Seis meses... 3,50 pesos.

Un año..... 6 »

# EL CABECILLA



PERIÓDICO MONTARAZ DE PURA RAZA.

(SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS.)

REDACCIÓN.

DIRECTOR GERENTE

ADMINISTRACIÓN.

Cuesta de Santo Domingo, 12, ent.º izq.º

D. RAFAEL BALANZÁTEGUI,

Cuesta de Santo Domingo, 12, ent.º izq.º

AL CUAL SE DIRIGIRÁ TODA LA CORRESPONDENCIA.

La Redacción de EL CABECILLA se asocia, con todo el entusiasmo de su alma católica y española, a la piadosa peregrinación que sale de Madrid para visitar el sepulcro de la inclita Doctora, hija predilecta del Carmelo, Santa Teresa de Jesús, a la cual pedimos que interponga su eficaz mediación con Jesucristo Nuestro Señor, para que terminen las amarguras de la Iglesia y del Pontificado, las desdichas de nuestra querida patria, y la discordia que la ceguedad y malicia de los hombres ha producido entre los católicos españoles.

## RETRATO DE CUERPO ENTERO.

«DE TODAS VERAS, Y PARA SIEMPRE, ME HE APARTADO, DESDE EL 21 DE ABRIL, DE LA VIDA POLÍTICA.»

(Carta del Sr. Nocedal á D. A. Aparisi y Guijarro en 1872.)

## EL GRAN DISOLVENTE.

Se lo dijo Aparisi en imperecedera carta y con frase gráfica: «V. no atrae, rechaza: no une, disuelve.»

Tan grande es la verdad de la frase, como pequeño el hombre á quien fué dirigida.

No hay ni ha habido jamás en España un hombre más incapaz de crear nada, ni más adecuado para disolverlo todo.

Donde quiera que él ha puesto la mano, ha asomado la cabeza el monstruo de la discordia primero, el monstruo de la disolución después.

Con una ambición más extensa que su entendimiento, y una soberbia superior todavía á su ambición, el hombrecillo bracea constantemente para dominar las dificultades que su impericia le presenta á cada paso que da, y como las dificultades están siempre por encima de sus fuerzas, el hombre pasa la vida en lucha perpetua contra todo el mundo, y llega á persuadirse de que todo el mundo le odia porque le envidia, cuando realmente nadie más que él se levanta á sí mismo los obstáculos, y nadie es más enemigo que él de sí mismo.

Su necesidad es de tal especie, que carga la escopeta, la pone en manos de su adversario, y luego se enfurece, y chillá, y pateá, porque el adversario le dispara. ¡Y á esto se llama un hombre listo!

No hay como él para escribir de corrido cartas que le comprometan.

No hay como él para hacer en público afirmaciones solemnes, que al poco tiempo se le han de volver contra él mismo. No hay quien menos sepa disimular sus pretensiones, ni quien con más claridad descubra el objeto á que se dirige. ¡Y ese hombrecillo tiene pretensiones de estadista!

A su lado, Romero Robledo es un grande hombre. A lo menos sabe ganar amigos, cosa que el otro, tan ignorante como Romero en todo lo demás, no ha sabido nunca.

Desafiamos á que se nos recuerde una época en que el partido carlista se haya encontrado en una situación tan deplorable como la presente. Ni en lo más

recio de sus desventuras, cuando los príncipes morían uno en pos de otro después de una desdichadísima intentona; cuando D. Juan, mal aconsejado, se pasaba al enemigo, y la España tradicional no veía como simbolo de sus sentimientos más que á un niño inexperto y completamente desconocedor de las personas y de las cosas españolas, se halló el partido carlista tan desgarrado y tan infeliz como está desde que el hombre providencial se encargó de dirigirlo.

¿Por qué? Por dos razones: la primera y principal, por la naturaleza de ese hombre que no sirve para director de ninguna cosa; y la segunda, porque el partido carlista no ha tenido jamás directores, antes bien él es el que en cierto modo ha dirigido constantemente á sus jefes naturales.

Los periódicos liberales, que no conciben la unión sino por la fuerza de la disciplina, y no por la fuerza de los sentimientos y las convicciones, se han escandalizado de que el partido más monárquico de España haya tenido el valor de decir que no ha menester jefatura de ninguna especie, porque él se basta y se sobra para dirigirse. Pero los periódicos liberales ignoran que el partido carlista es ante todo y sobre todo católico, y como católico, se somete incondicionalmente á la dirección de la Iglesia y de sus Apóstoles, con la cual sumisión asegura su perfecta unidad por una parte, y por otra posee un criterio infalible, como procedente de la misma Iglesia, para saber si sus jefes políticos, sean ó no Príncipes, hablan, obran y mandan con arreglo á las inmutables doctrinas del catolicismo.

¿Qué dirección necesita, pues, un partido que cuenta con la dirección suprema de la Iglesia en todo lo sustancial, comprendiendo en lo sustancial hasta el orden político, y que en lo accidental y de conducta no ha de hacer nunca otra cosa sino lo que le convenga?

Desde la lucha en las elecciones hasta la guerra en las montañas, no hay movimiento ninguno, no hay acción ninguna que no dependa exclusivamente de la voluntad del partido. Si el partido no quiere ir á las elecciones, como si no quiere ir á las montañas, ¿habrá nadie, ni Rey, ni delegado, ni general que le compela á ello? No, señor. Luego él es en realidad quien manda en todas estas cosas de detalle, como la Iglesia es la única autoridad soberana en todas las cosas de doctrina. Y porque el partido carlista no vaya á las elecciones cuando se lo manden, ni tome las armas cuando se lo ordenen, ¿dejará de ser partido carlista? ¡Qué simpleza! El partido carlista será siempre lo que es mientras permanezca completamente sumiso á las enseñanzas de la Iglesia, y crea que éstas tienen su aplicación política en la monarquía tradicional, representada en la familia de D. Carlos. Con esto basta para ser carlista, y excelente y firmísimo carlista, aunque el que lo sea de este modo haya sufrido dos mil excomuniones consecutivas de cualquier ex-ministro liberal tan mentecato como el de la plazuela de Trujillos.

Pero entonces, ¿á qué queda reducida la autoridad de D. Carlos? se nos dirá. ¿Donosa pregunta! A lo que ha quedado reducida siempre la autoridad de todos los Príncipes proscritos. A esperar que sus partidarios los lleven al trono cuando puedan: ya moviéndose dentro de la legalidad, como las circunstancias y la conveniencia aconsejen, ya apelando á la fuerza, cuando la hos-

tilidad del adversario así lo determine. Ni más, ni menos. ¿Puede acaso el Príncipe obligar á nadie, ni material ni moralmente, á que vaya á votar ó á que coja un fusil? Lo único que tiene que hacer es enterarse bien del espíritu que reina en el partido, del mayor ó menor ánimo que tiene para trabajar por su triunfo, y aprovechar ese estado moral inclinándolo hábilmente á hacer aquello que parezca más adecuado para conseguir el fin que debe proponerse. No hace otra cosa el Conde de Chambord; no hicieron otra cosa Carlos V y Carlos VI, de honradísima memoria. Y, para hacer esto, con dulzura, con amor, con delicadeza extraordinaria, como debe hacerlo el que llama á todos, porque de todos necesita, según frases del mismo D. Carlos en su famosa carta á D. Alfonso, ¿á qué viene hablar del principio de autoridad y del deber de la obediencia, que hacen tan al caso como los artículos de la Ordenanza?

Sentado había de estar D. Carlos en el trono, y no habría de ser ni podría ser su autoridad lo que su neocio apoderado dice.

Un Rey, al fin y al cabo, dentro de un gobierno católico, no es más que el supremo administrador del Estado. Todo lo que atañe á la conciencia, á la personalidad moral del hombre, es de la Iglesia; lo que se refiere á los intereses materiales, es del Rey. Conservador del orden público; celoso guardián de la ley que debe hacer respetar á todos por igual; depositario fidelísimo del Tesoro del pueblo; escudo de la dignidad, de la honra y de la libertad de los ciudadanos, el Rey es el Obispo exterior que con la espada de la justicia, justicia que él no define, vigila noche y día por la salud y el bienestar de su pueblo.

Tal es, en dos palabras, toda esa aparatosa doctrina de la autoridad y de la obediencia con que nos están rompiendo los oídos esos intransigentes de última hora, cuya pureza y escrupulosidad de principios no les impide llenar el estómago con los mendrugos que les arroja el gobierno liberal, á quien ellos lealmente sirven.

Y porque estas ideas rudimentarias son completamente desconocidas del hombrecillo de las excomuniones, anda todo revuelto y perturbado, como si el mismo diablo, vestido de integro, se hubiera decidido á dirigir en persona á la comunión carlista para disolverla.

Pero no la disolverá, porque aunque puede ser trastornada, el instinto católico y español de nuestra gran comunión la defiende de todos los disolventes, hasta de los que se fabrican en la Plazuela de Trujillos con la cooperación de filosofastros ilustres que no han tenido el honor de conocer nunca al sentido común, y menos aún, al partido carlista.

## UN ARTÍCULO TRASCONEJADO.

El 5 de Marzo del presente año de 1882—domingo por más señas—publicó *El Día* un curioso artículo intitulado «D. Cándido Nocedal.»

«D. Cándido Nocedal.» periódicos carlistas no dieron cuenta de semescrito; los unos, porque siendo afectos á la perdedora, no habían de reproducir un artículo en que se referían ciertos curiosos detalles de vida ordinaria; los otros, porque se habían propues-

# EL CABECILLA



## SUEÑO DE CAPETILLO

LIT. J. ESPINÓS, SUCESOR DE BORONAT, FEIJÓO 3, MADRID

to no nombrarle para nada, y no era cosa de alterar el propósito por un artículo mas ó menos.

Pero el que guarda encuentra; y nosotros, por si acaso, guardamos el artículo mencionado, en la confianza de que algún día podríamos utilizarlo, aunque sólo fuera para nuestra distracción y la de nuestros amigos.

Hoy nos parece oportuno copiar algunos párrafos, ya que el personaje á que el escrito se refiere parece que ahora se las echa de apologista de Santa Teresa de Jesús y de organizador privilegiado de peregrinaciones, cuando no hace muchos meses pasaba la mitad de su vida en el teatro Lara, donde, por lo visto, concibió y preparó la idea de la *nonnata* peregrinación nacional.

Habla El Día:

«Los que hayan frecuentado este año el teatro Lara, pueden haber visto, entre los concurrentes más asiduos, un espectador que suele ocupar por las noches una butaca de las primeras filas, y un palco bajo de los más próximos al escenario en las funciones de tarde.

«Que se repitan las piezas dramáticas, que sean notables ó pasen desapercibidas, el espectáculo debe ser siempre agradable para el personaje de que nos ocupamos; pues él, ni en tarde ni en noche, deja de acudir al coliseo, donde bellas actrices suelen engolfarse con frecuencia en las *honduras* del más clásico de los cantos, acompañado de palmas, y de *pataditas* en el escenario.

«Enjuto de carnes, de nerviosos movimientos, llama desde luego la atención al espectador, que de seguro ha visto tantas veces como el apuntador, *De Cádiz al puerto, A los toros* y todo el repertorio del nuevo coliseo.

«Los dependientes del teatro le tratan ya con esa amistosa confianza que en nuestros abiertos caracteres meridionales nace de la costumbre de ver á una persona.

—«Mira D. Cándido!—dicen cuando pasa.

—«¿D. Cándido? De seguro que no es este el nombre que le conviene.

«Y, en efecto, muchas veces se ha demostrado en la conversación familiar que este es el país de las anomalías, recordando que Nocedal se llama Cándido.

«Porque nada menos que D. Cándido Nocedal en persona es el personaje de que nos ocupamos, y nada menos que un pensamiento tan vasto y trascendental como el de la peregrinación, se ha madurado á los alegres acordes de la canción de la *bata*.

«La canción de la *bata* Había algo de profético en esto para el plan del inspirador de *El Siglo Futuro*.

«Me voy á hacer una *bata* canta con singular donaire la actriz, y la voy á poner vivos colorados, botones, bolsillos; pero en seguida la expresión alegre cambia, y *ya no me hago bata*, exclama, ni la pongo bolsillos, ni vivos, ni cola.

«Lo mismo que le ha pasado al Sr. Nocedal con su proyecto.

«Pero ya tendra otro; que antes se pasearía un caballero antiguo sin su tizona, que él sin un plan que le ayude en la realización de su eterno sueño: subir, crecer, mandar.

«Cuando fué miliciano nacional, no se contentó con ser individuo, y no paró hasta ocupar uno de los primeros puestos en la compañía.

«Cuando llegó á las Cortes, no permaneció mucho tiempo callado, y arremetió con denuedo contra los reaccionarios, los clericales, los defensores de Roma.

«Y por cierto que su inconsecuencia le ha llevado á ser constante. Entonces tuvo en contra suya á los Obispos, como los tiene ahora; entonces combatió al marqués de Pidal, como combate hoy contra su hijo.

«Sólo que al padre le combatió por oscurantista, y á los hijos, que sostienen sus ideas, los combate por liberales.

«El en el fondo no cambia: es siempre el mismo; batallador, enérgico, dominante, queriéndolo todo para él y para los suyos. Creyó que bastaría á su ambición ser ministro, y cuando obtuvo la cartera y vió que tenía que celebrar Consejos con sus compañeros y depender de la prerogativa de una Reina constitucional y de la voluntad de uñas Cortes, le disgustó el sistema.

«Bueno es él para aconsejarse con nadie, ni para contentarse con ser segunda figura, ni para vivir como los demás mortales!

«Lo accidentado le enamora, lo expuesto le seduce, y, menos la lucha en el campo de batalla, todas las luchas le encantan.

«No tenía rival en sus tiempos de parlamentario para los cabildos del salón de conferencias.....

«Manejar gente, esto es lo que le enamora; imponerse con su ingenio y con su astucia á los demás, esta es su obra de artista.

«Su espíritu revolucionario ha dado al traste con lo más serio y trascendental de la tradición.

«Porque, y esta es otra de las anomalías de España, el jefe del partido rojo, avanzado, transformador, el Sr. Pi y Margall, es un hombre pacífico, ordenado, enemigo del ruido, de costumbres patriarcales, que pasa su vida encerrado en su hogar con su familia; y el jefe del partido del orden, de los principios severos, de la tradición, el Sr. Nocedal, es un temperamento demagógico, una voluntad inquieta, un deseo insaciable.

«Defiende la disciplina, y en vez de obedecer órdenes, las dicta. Se llama campeón de la idea religiosa, y anda siempre en guerra abierta con los Obispos.

«*El Siglo Futuro* es tan anatematizado en la mayor parte de las diócesis de España, como *La Voz Montañesa* en Santander; y si escucháis á católicos muy fervientes, os dirán que les hace más daño Nocedal que Suñer.

«Se encarna en él la antipatía á la mitra que siempre ha tenido el morrión de miliciano.

«Sólo de un modo perdería su jefatura: si estallase la guerra; porque al adalid de los tiempos de paz le gusta poco el rumor de las batallas.

«Quiera, pues, el cielo que la conserve mucho tiempo.

«Y la conservará, que afortunadamente no está el horno para bollos, ni la Magdalena para tafetanes.»

Por nuestra parte, no tenemos nada que añadir. Los liberales dicen que el señor de Capetillo pasó toda la temporada anterior en el teatro Lara, y ellos sabrán por qué. Además, le consideran como uno de los suyos, esto es, como un revolucionario de temperamento, que se ha hecho carlista por *subir, crecer, mandar y manejar gente*, y no hemos de ser nosotros los que les disputemos la posesión de esa alhaja.

De todas maneras, ese es el hombre. Se lo regalamos á quien lo quiera, y aun le daremos dinero encima.

¿A que nadie lo quiere?

Nuestro querido amigo y propietario de EL CABECILLA, D. Isidoro Ternerero, ha salido esta mañana para Ávila formando parte de la peregrinación Teresiana.

LA CARICATURA.

Sobre mullidos colchones  
Duerme el sueño de los justos,  
A la sombra protectora  
De su gorro puntiagudo.  
En la mesilla de noche  
Se ve el retratado bulto  
De una actriz que muestra sus  
Encantos medio desnudos.  
Dos enormes calabazas,  
De Lara pingüe producto,  
Se cimbrean en el techo  
Como en el árbol los frutos.  
Más allá corre espantado  
Nuestro Júpiter estulto,  
De la horrible cencerrada  
Que los liberales juntos  
Le dan porque no ha logrado  
Aquel prometido triunfo  
Sobre las huestes carlistas,  
Que lo matan á disgustos.  
.....  
Esto sueña Capetillo  
Bajo el gorro puntiagudo,  
Ya sonriendo de gozo,  
Ya encogiéndose de susto.

TRABUCAZOS.

1.º Todos los que levanten la bandera del PRÍNCIPE REBELDE son criminales

El Príncipe REBELDE era Carlos VI.

2.º Demos las gracias á la milicia nacional de Bilbao, de cuyos fusiles salió la *bata bendita* que mató al infame Zumalacárregui, el defensor del Príncipe rebelde.

Este Príncipe REBELDE era Carlos V.  
El crimen de atentar á la legitimidad de la reina Isabel merece el más severo castigo.

Estos criminales que merecían y obtuvieron el más severo castigo, eran los carlistas, muchos de los cuales fueron fusilados á los pocos días de haberse pronunciado esas palabras en el Congreso.

Pero ¿quién pronunció esas palabras? Pues las pronunció el hoy preposición Capetillo.

Acertijo: Dejando á un lado á los Valdespinas y á los Caveros que se postran ante el autor de esas palabras, Capetillo y Flor, ó Flor y Capetillo, ¿qué se explica mejor?

¿Que D. Carlos VII, á quien Capetillo declaró indigno en 1876, como había declarado *rebeldes* á sus creyentes tío y abuelo en 1855 y en 1845, haya abdicado su autoridad en Capetillo?

¿O que D. Alfonso, después de ver á Capetillo con los poderes de D. Carlos, le haya aumentado el sueldo que le paga en 2,500 pesetas?

La solución, aparte de la que nos digan nuestros amigos, vendrá antes de seis meses.

Lo que cantan los aldeanos de Guipúzcoa á Capetillo:

Aita Santu-bat-Gaunac  
No la aguertudan  
Jaquin carlista denac,  
Madridco cortean.  
Aurrena isandusan  
Milisiano nacional,  
Guero ministro, demboran  
Narbæezenian.  
Orrá ser a'guindari  
Daucagun gendeac  
Masoya lotza garri  
Isandutaco bat.

¿No podría el periódico nocedalino de Bilbao haberse ahorrado la sarta de desvergüenzas con que avergüenza á sus carlistas lectores, y decirnos cómo no encuentra una firma vizcaína para darlas algún viso de decencia?

Sin duda, como Semeló, los convenidos de Vergara y los comprados de Amoravieta que manchan el papel como el título del periódico nocedalino que se publica en Bilbao, temen que el papel arda si se publican sus nombres.

¡Pobrecillos! En cuanto á eso, tienen razón; ciertos nombres al pie de las expectoraciones que la envidia y la impotencia envían al diario nocedalino, harían huir de él hasta á los 200 lectores que con toda la protección de los Valdespinas y Sangarrenes conserva.



Calabazas en Lara; aquí disgustos:  
» tu vera prolijos descendientes,  
»o incomodado ya por los clientes,  
»ando, mas recibiendo, grandes sustos,  
»ntruso en el partido de los justos;  
»e tus labios no se hallan hoy pendientes,  
»ra gentes de bien, ó pobres gentes,  
»i encuentras quien se amolde ya á tus gustos.  
»h ilustre ex-miliciano! Te luciste  
»así como en Farsalia el gran Pompeyo;  
»stás lloroso, y angustiado, y triste.  
»e qué te sirve ya ser leguleyo  
»unque puedes firmar en tu registro  
»etrado, viejo verde y ex-ministro?



Un faldero de los leales á la pitanza de Capetillo, dice muy cándidamente que nosotros tenemos mala cocina.

¡Mire V. qué gracia! Si cobráramos 40,000 rs. tendríamos buena cocina, y si tuviéramos buena cocina, el faldero á que aludimos se vendría á la puerta de nuestra casa á recoger los desperdicios.

¿Cómo saben estos picarones dónde se come bien! Por eso no quieren nada con nosotros, y se van con su cacerola á casa de Capetillo.

Pero tengan cuidado, no sea que revienten, porque el veneno del amo se puede deslizar el día menos pensado en el puchero, y no queda un íntegro para contarlo.

El mismo falderillo nos ofrece sus columnas para colgar en ellas nuestras sargas de disparates.

¡Fanfarrón! Si tus columnas son pequeñas para colgar los tuyos, ¿qué es lo que tú puedes ofrecer al prójimo?



En este mundo ambustero  
Conozco yo un pobre diablo  
Que es (no juego del vocablo),  
Bufón, y á más, cacharrero.



CANTARES.

Llegan rumores de V.... (1)  
Que ponen la cosa al pe....  
Y se esconde Capeti....  
Al sonar de la corné....

No te esperes, no te esperes,  
Marchate, por Dios, de aquí,  
Si no quieres, si no quieres  
Verle las barbas á Pi.

Cándido, tienes un nombre,  
Assortí, pintiparado;  
Que nombre más adecuado  
Jamás le ha cabido á un hombre.

x x

Con razón por él te engrías,  
Que con él todo lo doras;  
Y así cuando ríes, lloras,  
Y así cuando lloras, ríes.



D. Emilio quiere saber lo que hará D. Cándido si el Papa le excomulga, y lo pregunta muy cándidamente; pero con la elocuencia que brota de los labios de don Emilio siempre que D. Emilio los abre.

Con D. Cándido nadie puede; para contestar á las excomuniones del Papa y de los Obispos, tiene al P. Gago de Sevilla, y al P. Planas de Gerona, uno y otro más que capaces de decirle al Papa cuántas son cinco y quién es D. Cándido, en un par de las frases comedidas y pulcras de su repertorio. Y si todavía se atreven el Papa y los Obispos á chistar habiendo hablado los Padres Planas y Gagos, D. Cándido exclamará como Pedro el Justiciero:

Si Roma con fuero añejo  
Que me vence se figura,  
Para meterla en cintura  
Tengo á Berriz y á Conejo.

Después de esta explicación, nos figuramos que D. Emilio se tranquilizará. ¿Cómo ha de dudar de lo que hagan el Papa y los Obispos, si D. Cándido les presenta esa trailla formidable, cuando vió lo que hizo toda una asamblea de Brutos republicanos al saber que Pavia estaba á sus puertas?

(1) ñuelas, donde están cazando varias cosas el duque de la Torre, Cánovas, etc.